

Felicita- ciones

para

Navidades

y

Año

Nuevo

por

Manuel Correas Pérez

I

¡¡Cantemos, hermanos!!...
... que las estrellitas
de los altos cielos
y los corazones de los inocentes
cantan al Infante
de la Nochebuena
que nació de virgen
milagrosamente
en aquel establo
y en aquella noche
de LUZ y de PAZ...

Cantemos, sí, amigos,
para recordar
esos villancicos de la Navidad
que de niños cantamos ¿recuerdas?
rebosantes de felicidad...

«En Belén nacerá el NIÑO,
como un lucero de Amor»,
y en mi pecho la estrellita
de ser felices tu y yo...

II

¡¡FELICIDADES!!, mágica palabra,
ganzúa de barro y metal;
ardiente deseo
que los hombres gritan,
para franquear
las puertas de un próximo Año Nuevo,
de ventura y paz.
Jesucristo, Infante
dulce desvalido
en el tierno Amor
de tu Navidad,
haznos el regalo
de tu llave de oro
para abrir la entrada
a un soñado Alcázar:
la Felicidad...
la efímera, humana,
¡¡Y la celestial!!...

Peraleda de la Mata, Diciembre de 1971



CABABA de leer una obra muy de mi agrado de Alexandra Davil Neel, autora del libro «Viaje de una parisiense a Lasa»... Después del accidente en que mi suegra quedó con el brazo izquierdo vendado, con los garfios de hierro entre algodón mordiendo las costillas, todo intento de liberación quedó frustrado. Las vacaciones de verano quedaron reducidas a la vida familiar, a lo sumo a respirar alguna brisa de aire nocturno en el paseo de Ibarrola. Mi esposa llevaba la nena en el coche de paseo para que la criatura durmiese un poquito con el fresco, ya que las temperaturas alcanzaban las máximas en la provincia de Cáceres. Con este retiro monótono veía que los días se me pasaban sin sentirlos. Aún me quedaba una ocasión propicia para

UN DOMINGO EN TORNAVACAS

Por Fernando RUNICO

evadirme de la estrecha vigilancia de la vida hogareña: tenía que ir a la Vera para que me diesen el «cese como maestro propietario» de un pueblecito... Mi esposa me contó en seguida el tiempo; la treta sólo me sacaría de apuro si el día 30 de Agosto, el secretario accidental tenía la bondad de poner la diligencia de cese, y, al día siguiente bajar a Plasencia para tomar un coche de línea hacia la parte alta del Valle. Yo no conocía esta zona, pero me habían hablado de sus pueblecitos agazapados y pintorescos, del aire fresco de sus sierras y sentía en mí el estímulo de los elogios del Tibet... Si no podía ir a ese país de las nieves —donde según el relato escrito de la citada orientalista francesa— «ninguna descripción puede dar idea de la serena majestad, de la grandeza adusta, del aspecto feroz y del encanto hechicero de los distintos paisajes tibetanos»— iría a los de mi tierra que también son dignos de admirarse. Por eso aproveché la coyuntura de realizar al mismo tiempo un encargo oficial que me incumbía personalmente y utilicé la escapada para andar por el puerto de Tornavacas, saludar esas cabalgaduras pétreas cuyas caricias son fenómenos aéreos, acuosos y eléctricos.